

MATÍAS MONTES-HUIDOBRO

LA DISTORSIÓN SEXO-LINGÜÍSTICA
EN ÁNGEL GANIVET

GRANADA
2001

ÍNDICE

Introducción a los «trabajos».....	9
Trabajo I El dogma de la Inmaculada Concepción y otras fantasías biológicas de Ángel Ganivet.....	25
Trabajo II Fuerzas deformantes de la realidad en <i>La conquista del reino de Maya</i>	43
Trabajo III Contrapuntos de Pío Cid: monogamia y poligamia; espacio lírico y espacio narrativo en <i>Los trabajos del infatigable creador Pío Cid</i>	67
Trabajo IV <i>Cartas finlandesas</i> : Ángel Ganivet, agonista de la percepción y del lenguaje.....	127
Trabajo V El discurso escénico de Ángel Ganivet: El escultor del incesto.....	157
Trabajo VI El bosque petrificado: el vuelo del <i>psícope</i>	215
Bibliografía selecta.....	239

INTRODUCCIÓN A LOS TRABAJOS

Mi interés por la obra ganivetiana se inicia poco antes de 1968 cuando se publica mi primer ensayo sobre el escritor. Ahora, un poco más allá del centenario de su muerte, que tiene lugar en 1898 y coincide a su vez con el centenario de la Generación del 98, de la cual Ganivet no es en modo alguno un precursor sino un participante, me parece indicado reunir mis estudios ganivetianos, que me propongo llamar «trabajos», los cuales se centran en coherentes aspectos estilísticos y temáticos de su obra. La exclusión de Ganivet con respecto al 98 lo colocó por mucho tiempo en un limbo, a mi modo de ver no claramente justificado y que nunca he acabado de entender. Nadie más asociado a ese momento histórico que un escritor que se suicida ese año, en un acto volitivo heterodoxo con el cual termina esculpiéndose a sí mismo. Acto, sin embargo, fallido: más le hubiera valido quedarse vivo.

No me interesa en este libro ahondar en un asunto tan controversial, discutido e incluso manido, como el problema generacional, que como ya dijo Ricardo Gullón, «lejos de aclarar, enturbia» (151). Aunque a estas alturas es finalmente “aceptado como miembro del grupo generacional” (González Alcantud, “Nudo biográfico...”, 94), se sigue hablando del asunto con variantes adicionales. Aunque consciente del hecho, no puedo evitar la tentación de hacer un breve recorrido. La conveniencia de agrupar a cinco escritores de monta (Unamuno, Machado, Baroja, Azorín y Valle-Inclán) dentro de un mismo contexto

generacional, es de gran utilidad a los efectos de colocar los libros en una estantería, proponer cursos universitarios, organizar y publicar libros, y reunirnos en congresos y celebraciones, cosas todas ellas que me parecen ideas excelentes y necesarias. Me remito de nuevo a lo que dijo Ricardo Gullón hace treinta años, que consideró la invención azoriniana como un hecho «perturbador, porque escindió la unidad de la literatura de lengua española» y «regresivo, porque al mezclar historia y crítica fomentó la confusión en ambos campos, trazando para la crítica una avenida jalonada de lugares comunes ajenos a lo esencial del proceso creador» (152). Lo cierto es que fue una estrategia de afirmación muy conveniente para el grupo (inclusive en el caso de reduccionismo interpretativo), pero dentro de la cual sale perdiendo Ángel Ganivet, desplazado y omitido, en las listas de lectura, exámenes y ficheros bibliográficos, dentro de una situación en que nos inclinamos a pensar que entra en juego la fatalidad y la mala suerte, para decirlo con merecida redundancia. Una adversidad que lo llevó posteriormente al uso y al abuso dentro de bandos ideológicos, ya que como observa Manuel González de Molina, “al granadino, empero, le cupo el dudoso honor de ser utilizado para fundamentar la concepción más conservadora y totalitaria del nacionalismo español” (63). Aunque merecedor de que “descanse definitivamente en paz” (63), lo cierto es que él mismo ayudó a la mitificación, como bien afirma González de Molina al decir que “su muerte en mitad de los acontecimientos del desastre ayudó sobremanera a su mitificación. Hay quien con evidente exageración llegó a ver en este acto tan personal la expresión de su angustia por la situación de España” (45). En todo caso, por esta y otras razones, no lo dejamos descansar del todo.

En 1965, Constantino Lascaris observaba que «la generación del 98, que siguió sus pasos, sirvió también para hacerle pasar a un segundo plano de actualidad», pero que Ganivet «es no sólo un precursor, cuyo mérito se halle en función de lo que le siguió, sino que ofrece además, el interés de la obra del pensamiento más personal del siglo XIX español» (109). Agudiez, por el contrario, adopta la posición arquetípica asumida por muchos años por gran parte de la crítica: «Como no se inscribe cronológicamente en el movimiento del 98, Ganivet representa, por su obra entera y no parcial, un estado de flotación metafísica de carácter pesimista al llenar un amplio bache ideológico que databa del romanticismo» (34); afirmación que, por otro lado, lo asocia directamente con el pesimismo de Unamuno. Las relaciones creador-criatura

que son el meollo del pensamiento unamuniano y que constituyen el punto focal de *Niebla*, están perfectamente definidas por el protagonista de *El escultor de su alma*, donde Ganivet va mucho más lejos de forma más alienada y tenebrosa. La multiplicación de los personajes ganivetianos en un juego de espejos que parece reproducir su imagen infinitad de veces, muestra un egocentrismo digno de Unamuno y la complejidad psicológica que se descubre más allá de la peripecia argumental. A nivel técnico *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* ha sido vista como «antinovela y prenovela» (García Sarriá, 511). De más está decir, aunque si se ha dicho no está de más que se repita, que las interpolaciones narrativas en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, nacidas en Cervantes pero abandonadas por la narrativa más tradicional, puestas en práctica por Unamuno en *Niebla* y otros textos, con general aceptación de la crítica, se le cuestionan a Ganivet: «¿Por qué integra Ganivet a los personajes de un cuento intercalado en la principal acción dramática del texto?» (Rivkin, 43), aunque la propia investigadora aclara que «nos equivocáramos al pensar que la variedad de medios y de perspectivas reflejaba la confusión del novelista» (44), afirmando además que «el mecanismo unificador de esa obra tendrá que ser interno» (44). Se le piden cuentas a Ganivet de procedimientos literarios que han servido para confirmar el carácter innovador de otros escritores del 98.

El caso de Unamuno merece algunas observaciones adicionales. Analista de la envidia, nada mejor que utilizar sus textos para medir el alcance de sus palabras. «Una de las astucias maliciosas que la envidia emplea es confundir en un mismo elogio a personas de muy desigual valía, es nivelar en el elogio [...] Suelo yo decir que aquí, cuando se oye que uno elogia a otro desmedidamente, hay que preguntar siempre: ¿Contra quién va ese elogio? Puede ir contra el elogiado mismo, puede ir contra un tercero» (IV, 422). Siguiendo ese punto de vista, en sus «aclaraciones previas» al contrapunto Unamuno-Ganivet en *El porvenir de España*, menciona que se conocieron cuando estudiaban para las oposiciones a cátedras de griego (que él ganó mientras Ganivet las perdía en Granada) «elogia» a D. José Alemany, «muy excelente heleenista hoy» (IV, 954), dando un ejemplo de la teoría y práctica de la envidia. No deja de ser también significativo que llegara «casi a olvidar a aquel granadino parco en palabras» (IV, 954). El hecho de que Ganivet se le hubiera adelantado en algunas cosas, le molesta de tal modo, que trata de mantenerlo a distancia, con obvia irritación, cuando

llamaron precursor a Ganivet, observando que: «de hecho todos somos precursores de los que nos siguen y continuadores de los que nos preceden [...] Ahora, cuando al llamarle precursor se han referido, entre otros, en alguna ocasión a mí, tiene ello un sentido contra el que quiero protestar. Porque si se llama precursor al que muere antes que otro, como Ganivet murió hace más de trece años, y yo, por la gracia de Dios, aún vivo, claro que me *precurrió* en la muerte; pero si se aplica al nacimiento natural, yo nací un año, tres meses y catorce días antes que él, y si al nacimiento espiritual, como publicista, también empecé a escribir antes que él» (IV, 955). ¡Cuánta bajeza! A esta agrega una puñalada de mayor monta, afirmando que *En torno al casticismo* «se encuentran en germen unas veces y otras desarrolladas, no pocas ideas del *Idearium*... Es decir, y lo digo redondamente y sin ambages, que si entre Ganivet y yo hubo influencia mutua fue mucho mayor la mía sobre él que la de él sobre mí» (IV, 956), pero omite todo lo que lo *precurrió* en *El escultor de su alma*. Con igual saña, obsérvese el primer párrafo sobre el estilo de su «infortunado y querido amigo» (432), al decir que «Ganivet *hablaba* demasiado *escribiendo* [...] y se dejaba llevar, como tantos españoles habladores por escrito, que no son escritores, del deleite de hacer párrafos fluidos» (432). (El subrayado es nuestro). No se nos esconde que este texto lo aislamos de un contexto más amplio y positivo, pero, de todos modos, con estos «amigos» no hay quien duerma. Díaz de Alda observa que la biografía de Unamuno que escribió César González Ruano “abunda en desafue-ros al referirse a Ganivet [...] exagerando una animadversión de Unamuno contra Ganivet, a la que no corresponden los escritos y testimonios del catedrático de Salamanca” (“Finlandia y las *Cartas finlandesas*...”, 89). Forma parte del proceso de “infravaloración” (en términos usados por Díaz de Alda, 89) en que se ha desarrollado la valoración de la obra ganivetiana.

El sistema de otredad machadiana se pone en práctica, mucho antes que en Machado, con ese juego de voces, principalmente y en particular con el “apócrifo” Angel, en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, que reproduce al único protagonista ganivetiano a través de «sombras» fantasmagóricas que son el producto de su propia imagen en el espejo.

Respecto a Baroja, Pío Cid es indudablemente un anticipo de *Paradox, Rey*. Su narrativa ha sido considerada «por muchos conceptos prebarojiana» (Trapiello, 73). Ya está en Ganivet, además, el devenir